



FRISCO, CON F DE FUEGO

Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Autora
Nuria Gómez Benet

Ilustración, diseño y formación
Cecilia Lemus
Emilio Watanabe
Arturo Ruelas

Editor
Arturo Cosme Valadez

Primera edición: 2005
Segunda edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para tratarnos igual)
ISBN: 978-607-8418-58-9 (Frisco, con F de fuego)

D.R. © 2018. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
11590 Ciudad de México.

www.conapred.org.mx

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

FRISCO, CON
F DE FUEGO





“Q ueda prohibida toda discriminación motivada por [...] la religión [...] que atente contra la dignidad humana y tenga por objeto anular o menoscabar los derechos y libertades de las personas”.

*Constitución Política de los
Estados Unidos Mexicanos*

FRISCO, CON F DE FUEGO

NURIA GÓMEZ BENET





Una meta alcanzada

¡Pegado a la orilla Frisco López toma la curva, rebasa a un perro que le lleva la delantera, acelera en la recta final y llega a la meta triunfante, señores!

—¡Bien, Frisco! —me dije yo solo—.
Otra carrera ganada.

Ya sé que quince invitaciones no son muchas, pero llevárselas a mis amigos de casa en casa por todo Kipatla... ¡Creo que caminé en total como tres vueltas completas de una pista de Fórmula 1! ¡Hasta a la casa de don Humberto, allá en La Loma, alcancé a llegar!

¡Qué cara tendría yo de cansado cuando llegué a la frutería que mi mamá, desde que me vio venir por la calle, me fue a escoger una naranja de las más jugosas! ¡Ah, me supo deliciosa! Le puse pimienta y chilito piquín (esa es mi receta original R-7, la favorita de Nadia). Me senté en un huacal ahí afuerita, mientras me reponía un poco, para luego ayudar a escombrar antes de bajar la cortina.





“El Fruto del Bien” es la frutería y verdulería más limpia y mejor surtida de todo Kipatla, la verdad. Mis papás son muy cuidadosos. Atienden bien a los clientes, les dan “pilonos”, les recomiendan la fruta de la temporada y dan buen servicio. Por eso la gente prefiere comprar con ellos.

–¿Terminaste con las invitaciones, m'hijo?– me preguntó mi papá mientras barríamos la calle.

–Sí, pa. Las repartí todas.

–¡Qué bueno que las llevaste en persona! Eso le da a entender a la gente que es algo importante y que esperas a cada uno con especial gusto.

–¡Ojalá que no falte nadie!– pensé en voz alta.

–No te vayas a decepcionar, Frisco –dijo mi mamá–, pero siempre habrá alguien que falte.

En ese momento me cayó mal mi mamá, pero la verdad... tenía mucha razón.

La ceremonia de ingreso

La ceremonia de ingreso es una fiesta muy bonita para los de nuestra religión. Por eso invité a mis mejores amigos: para que vean cómo es.

Nosotros tenemos una religión que se llama *Fe Libertaria en el Espíritu del Dios Universal*. A mi hermana y a mí nos enseñaron desde chiquitos que Dios es el mismo para todas las religiones y que todos somos hijos elegidos de ese Dios.

EL FRUTO DEL BIEN

FRUTAS Y VERDURAS FRESCAS





No creemos en los santos, ni en Jesucristo, ni en Buda o Mahoma. Por eso no celebramos la Navidad. En nuestra casa no hay cuadros de santos, ni crucifijos. Nos despertamos antes de que salga el sol y cantamos las alabanzas para darle gracias a Dios por un nuevo día y por todo lo bueno que nos ha dado. Al final cada quien canta agradeciendo por algo en especial. ¡Carola, mi hermana, cuando era chiquita, siempre daba las gracias por su mamila de leche con chocolate!



Los domingos no usamos carro, ni prendemos la tele o aparatos eléctricos. Ese día nos vestimos de blanco y nos quedamos en la casa, meditamos, cantamos con otros de nuestra religión y, al oscurecer, nos alumbramos con velas.

No podemos tener mascotas enjauladas o pajaritos. Yo creo que eso está bien porque también los animales deben ser libres. Por eso tenemos gato, el "Marrús", que anda suelto y regresa solo a la casa. Debemos tener palomas porque nos recuerdan cada día la libertad y las ganas de volar muy alto. Sólo los grandes les pueden dar de comer, con respeto y sin asustarlas.

En nuestra religión, cuando alguien cumple los doce, le hacen su ceremonia de ingreso. Alguien tiene que ser su anfitrión, que es como un padrino. Ese anfitrión lo recibe enfrente de todos con un abrazo. Le dice lo contenta que está la comunidad por recibirlo. Entonces, los que lo conocen se ponen a decirle todas sus cualidades. Después, le cantan una canción especial, inventada con su nombre, y le dan un anillo con nuestro símbolo: la señal de un sol con rayos de luz. ¡Es un anillo padrísimo!





Cuando a uno le dan su anillo, entonces es igual que los grandes para las cosas de la religión: puede dirigir el coro, leer enfrente de todos, darles de comer a las palomas de la casa o ser el anfitrión de la ceremonia de sus amigos o hermanos, cuando ellos cumplan los doce.

Ya le había yo dicho a mi mamá que el día de mi ceremonia de ingreso, aunque ella fuera la anfitriona, yo iba a preparar de postre mi receta original R3: helado de mango con jalea de chile de árbol.



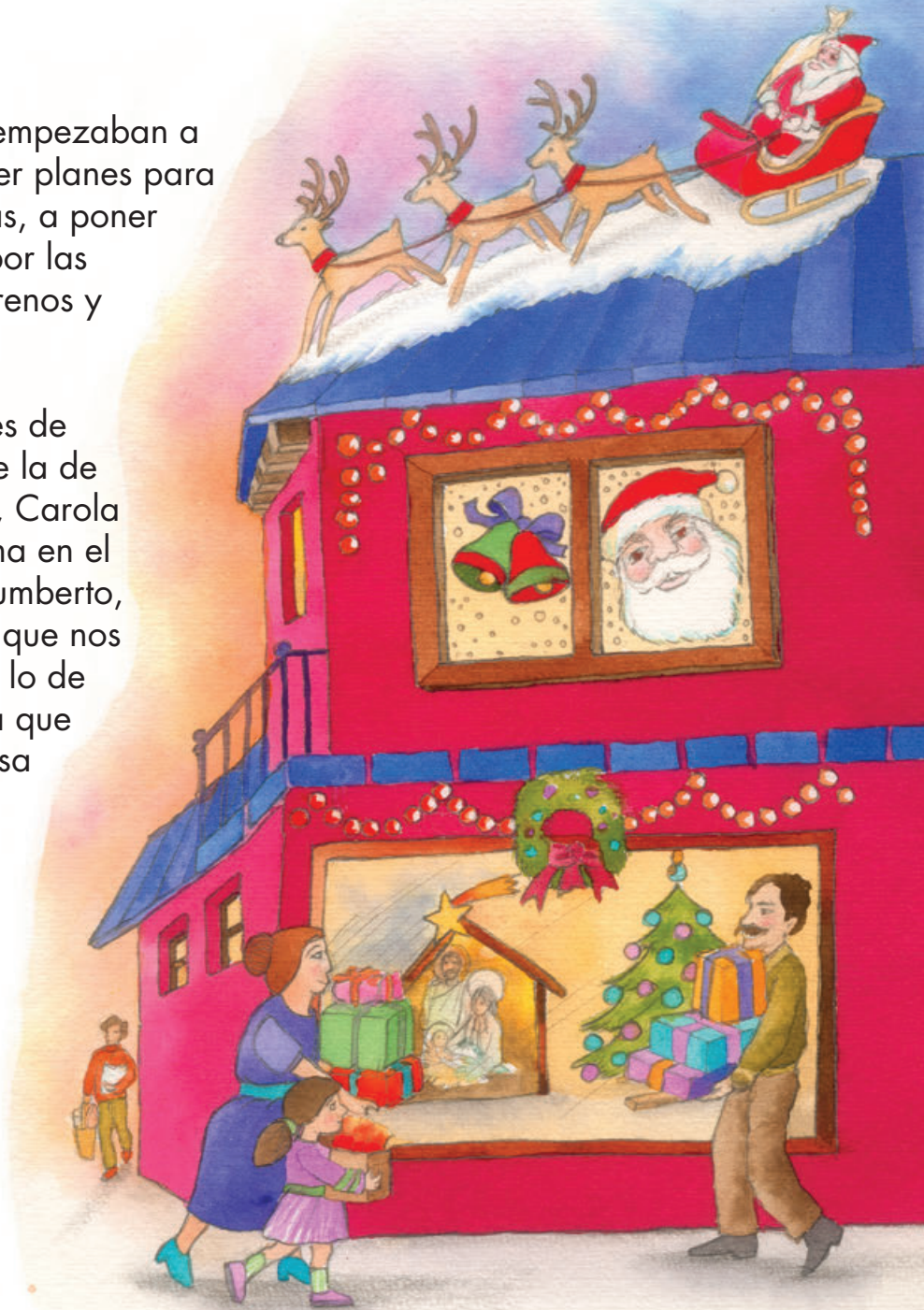
Sin refacción

Por todos lados ya se oían las tonadas de música navideña. Acudíamos a la plaza y sonaban en las bocinas del kiosco, pasábamos a la papelería y se escuchaban en las tarjetas musicales... ¡Hasta cuando nos íbamos a revisar con la doctora Ibáñez sonaban los villancicos en su arbolito del consultorio!

Todos en Kipatla empezaban a comprar regalos, a hacer planes para su cena, a colgar esferas, a poner santacloases asomados por las ventanas; nacimientos, renos y trineos en las azoteas.

Una de esas tardes de temporada navideña fue la de mi mala suerte. Primero, Carola y yo tuvimos un problema en el taller de cocina. Don Humberto, el dueño de la taquería que nos da el taller, nos recordó lo de la cuota para la posada que se iba a hacer en la Casa de la Cultura:

—Acuérdense muchachos, que a los del taller de cocina nos toca poner el ponche y los tamalitos. Si todos me traen la cuota la próxima vez, yo compro los ingredientes y aquí los preparamos...





Desde que levanté la mano sospechaba lo que iba a pasar.

–Don Humberto...

–¿Qué pasa Frisco?

–¿Los que no vamos a venir a la posada también traemos cuota?

–¿Y por qué no vas a venir a la posada? ¿Ni tu hermana?

–No, es que...

Don Humberto se puso serio y no me dejó terminar.

–¿Cómo creen? ¡Si es la convivencia más bonita del año!

–Es que nosotros no creemos en Jesús y no podemos celebrar la Navidad, don Humberto.

–¡Otra vez los López con cosas de su secta! ¡Ustedes por angas o por mangas nunca se integran!

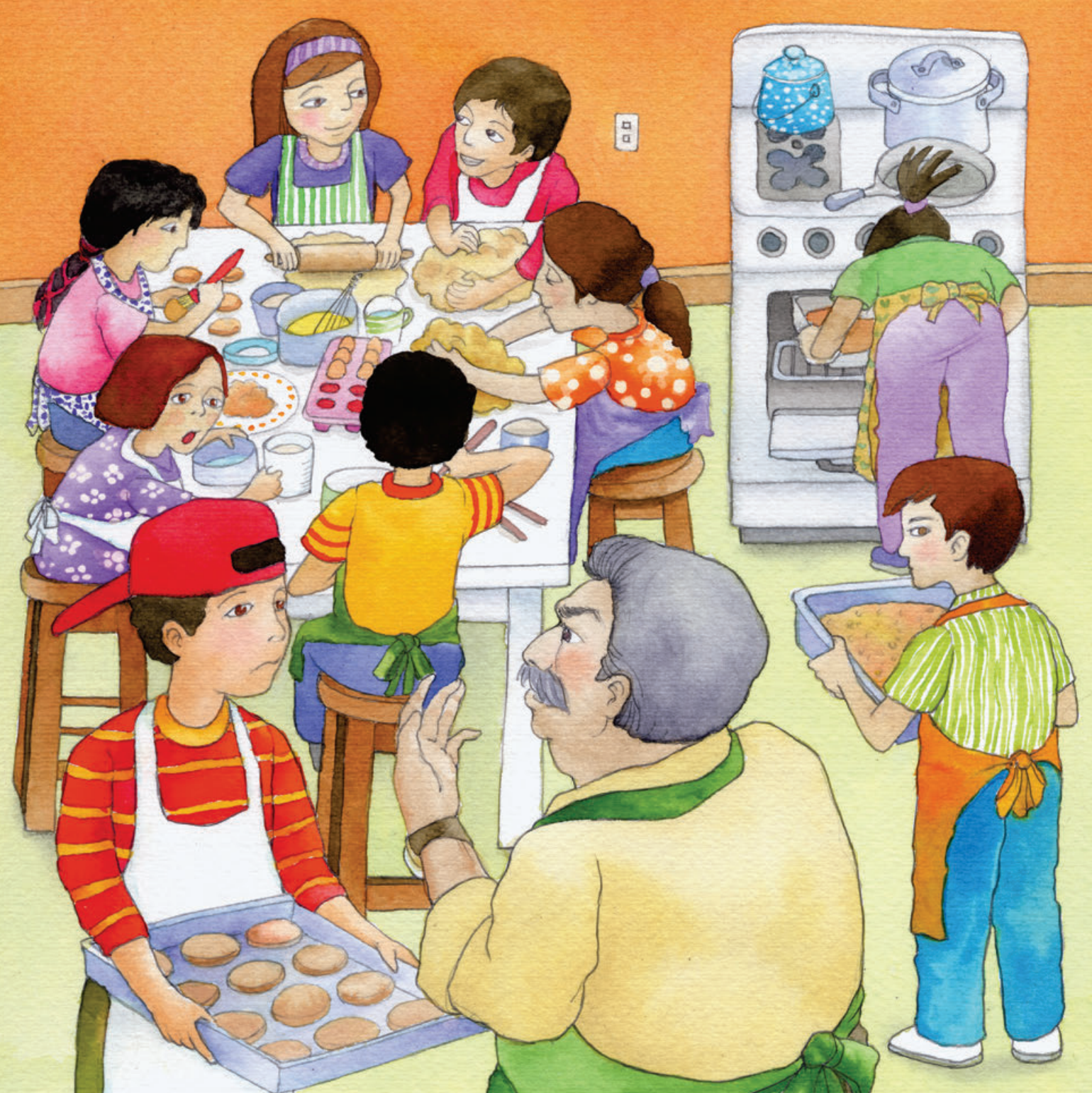
–Pero si quiere traemos la cuota de todos modos. Ya me dijo mi mamá que eso sí...

–¡Mah! ¿A quién se le ocurre? ¿Qué, no pueden creer en cosas normales como toda la gente?

Ahí quedó la cosa. Carola y yo salimos muy regañados. Yo sentí como si se me hubiera salido una llanta del carro a media carrera.

Para acabarla de amolar, cuando veníamos de regreso de la Casa de la Cultura, me dijo Juan Luis que él no iba a ir a mi ceremonia.

–¡Chin! ¡Esto sí que está peor! –pensé–. ¡Ya de plano se me incendió el motor!– y me quedé mirando el piso.





Juan Luis me contó que sus papás no le habían dado permiso. Le dijeron que ellos eran católicos y que no iban a ritos de religiones extrañas. Y no lo dejaron ir. Estaba muy enojado Juan Luis, porque él sí quería ir: es mi mejor amigo. Cuando voy a su casa me deja jugar con su carro favorito. ¡Y eso que a nadie más se lo deja tocar! Yo tengo otros coches de Fórmula 1, pero el de Juan Luis es el que más me gusta: es un McLaren, igualito al que maneja José Pedro Santoyo.

Otros amigos también me cancelaron. Lupita ya me había dicho que no iba a ir y Matías también. Lupita me explicó que tenía otro compromiso, pero como que se puso muy nerviosa. Matías, que dizque no podía porque era el día en que bañaba a su perro. A mí me latió que eran puros pretextos. Seguro que a ellos tampoco los dejaron ir por lo mismo que a Juan Luis. Sólo que les ha de haber dado pena decírmelo derecho.

De todos modos, yo lo que más feo sentí fue que Juan Luis, mi mejor amigo, no pudiera venir a ver qué bonita iba a estar mi ceremonia. Pensándolo bien, hasta era peor que tener un motor incendiado. A los pilotos les pueden poner otro motor, de refacción, pero yo... ¿de dónde iba a sacar una refacción de Juan Luis?





Los des-tacados

Mis papás decidieron que debían ir a hablar con don Humberto. Creyeron que si le explicaban las cosas en persona él iba a entender nuestros motivos, así que se fueron una noche a buscarlo a su taquería, "La Vitamina T".

¡Uy, uy, uy! ¡Nunca lo hubieran hecho! Creo que fue peor que un choque múltiple a la salida de una curva. Don Humberto, casi echando humo, les reclamó su falta de cooperación con la comunidad. Mis papás le dijeron que no era eso, que era una cosa de creencias que debía respetar, pero él, nada.



–¡No me digan que no es falta de cooperación! A ver: ¿por qué tampoco en la kermés quisieron atender el puesto de globos que les tocaba? ¿Tampoco creen en las kermeses o qué?

A mis papás el tono de burla no les gustó nada, pero se aguantaron, porque creían que esa pieza todavía podía salvarse con una reparación. Como que salieron a pits tratando de componer la cosa:

–La kermés fue en domingo, don Humberto, y ya ve que los domingos nosotros no acostumbramos salir...

–¡Pues ya son muchas costumbres que coinciden! ¿No creen?– les dijo don Humberto, de plano gritando–. Y si ustedes no saben cooperar, yo no sé tener en el taller de cocina a sus hijos, así que ¡ni los vuelvan a mandar!

–¡Oiga, tampoco se ponga en ese plan, Humberto!– le contestó mi mamá.

–Me pongo en el plan que quiero y es más: les aconsejo que no vuelvan a venir a cenar aquí. Me daría mucha pena tener que correrlos enfrente de todo el mundo. Yo no acepto gente de religiones extrañas. ¿Cómo la ven?

Mis papás salieron de “La Vitamina T” como mecánicos frustrados, sintiendo que en vez de arreglar el carro nada más lo habían descompuesto más.

Ahora ya no podríamos ir al taller de cocina y tampoco podríamos ir a comer tacos. Don Humberto nos había des–tacado.





Tejocotes hasta en la sopa

Era muy feo ya no poder ir al taller. ¡Con lo que a mí me gustaba ir a hacer pudín azteca, buñuelos y chiharrón de queso! Pero era peor sentir que la gente se secreteaba en contra de nosotros.

Era mucha casualidad que a donde quiera que llegábamos, uno o varios de los López, de repente las personas se quedaban calladas, así, como si hubieran interrumpido su conversación de golpe, o tosían cuando ni malos estaban, o decían en bajito:

–Shhh, cállense que ahí vienen.

El chisme parecía que tenía motor turbo: se corrió a la velocidad del sonido. Pronto todo Kipatla se enteró de que el señor Humberto nos había expulsado del taller de cocina y de “La Vitamina T”. Pero no sólo era eso, algo más andaban diciendo.

Platicando en la casa y contando cada quien lo que había oído en la calle o en la escuela, nos dimos cuenta de todo lo que se decía de nosotros: que éramos malos porque no íbamos a la iglesia, que hacíamos ceremonias misteriosas al amanecer, que éramos de una secta satánica... ¡Puras tonterías! Lo malo era que, aunque fueran tonterías, nos empezaban a hacer daño.

A Juan Luis, mi mejor amigo, su tío le dijo que era preferible que no se juntara conmigo, porque a los de mi “secta” nos importaba más la religión que nuestros amigos, que yo lo iba a traicionar.



¡De veras! Me lo contó Juan Luis directamente, porque es buen amigo: él sí me conoce y no cree en chismes.

Pero Tere no me conoce tan bien. (No le digan a nadie: Tere es una del salón que me gusta). Sus amigas le dijeron que no me hiciera caso, que porque nosotros de grandes teníamos varias esposas. Claro, ya no quiso ir conmigo ni por un refresco a la tienda de "Los Patos".

En la escuela también hubo algunos que se pusieron en nuestra contra. Decían que si no nos adaptábamos a las costumbres de todos, que mejor nos fuéramos a vivir a otro lado con los de nuestra religión. Juan Luis nos defendía y les contestaba que cada quien puede creer en lo que quiera y que hay que respetar. Entonces algunos vieron que tenía razón, ¡pero otros...! Melitón dijo:





–Pues a mí Frisco me invitó a su ceremonia, pero si él no va a las posadas, yo no voy a donde él me invite.

La clientela de “El Fruto del Bien” bajó muchísimo. Hubo un día en que no se vendieron más que cinco mandarinas y eso porque unos fuereños pasaron por ahí y se les antojaron. Esa semana comimos fruta y verdura a todas horas para que no se echaran



a perder: en el desayuno plátano, tejocote y caña; dentro de la lonchera coctel de tejocote con naranjas; en la comida sopa de zanahoria, tortitas de ejote, y de postre, tejocotes en dulce; en la cena pastel de zanahoria, jugo de betabel... y más tejocote. Yo creí que ya mero nos iba a salir cáscara, pero por suerte no a toda la gente le duró el berrinche. Después

de comprar en otros lados se dieron cuenta de que mis papás traen mejor mercancía, dan más barato y atienden bien. Poco a poco empezaron a regresar a comprar, aunque algunos, muy serios, ya no platicaban casi. A Carola y a mí no nos importó tanto, ¡mientras compraran tejocotes estábamos salvados!

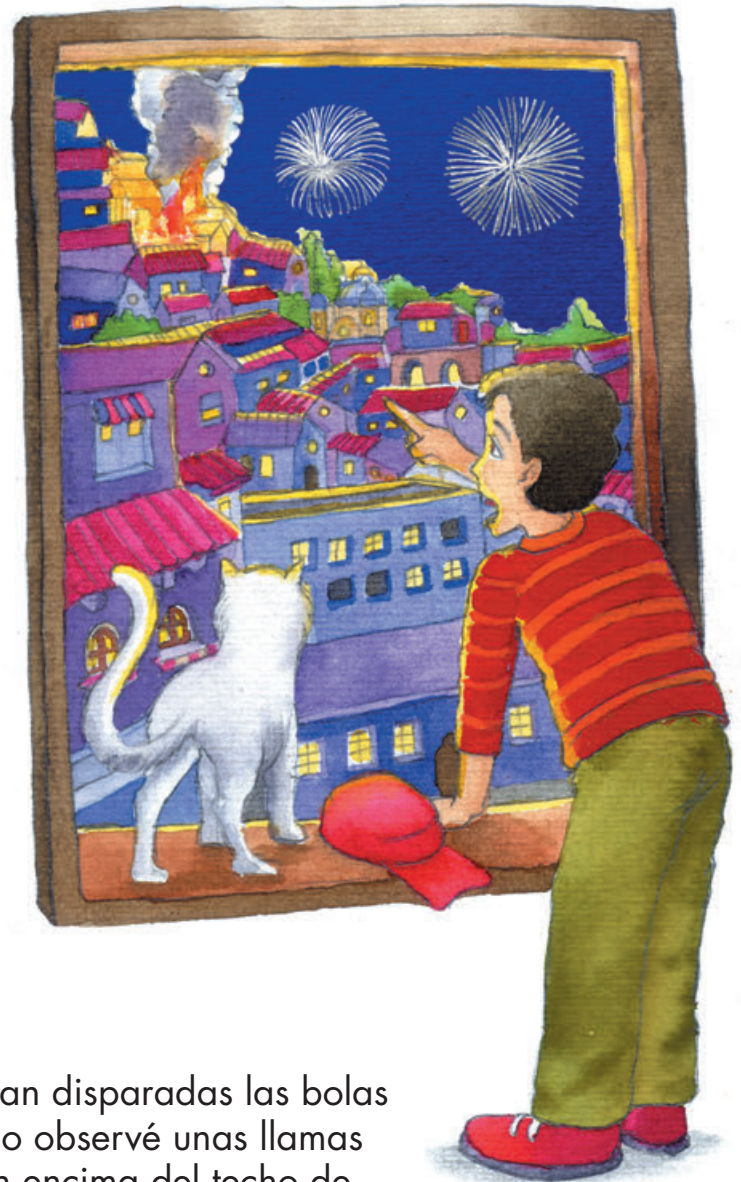
Beto y Vero, los coordinadores de los talleres, trataron de hablar con don Humberto para que nos admitiera de nuevo, pero él seguía enojado. Les dijo que si le volvían a tocar el tema se fueran consiguiendo otro maestro para el taller. Ellos ya no hicieron nada. Una cosa es que sean buena onda y otra es que vayan a dejar a todos los niños de Kipatla sin poder hacer chicharrón de queso.

Llamada por las llamas

Así seguían las cosas cuando llegó la noche de la famosa posada. Yo me sentía triste, la verdad. No por la posada, porque el otro año tampoco había ido, lo que pasa es que sentí que por mi religión, que cree en el amor de todos, yo me estaba quedando sin amigos.

El "Marrús" y yo estábamos viendo por la ventana los cohetes que tronaban en el cielo. ¡Qué bonito explotaban, como bolas de estrellas! Seguro que Cristina, Juan Luis, Ramón, Lupita y hasta Melitón estaban felices, todos juntos, comiendo los tamales y el ponche que yo debía haber hecho en el taller.

Estaba viendo qué bonito salían disparadas las bolas de fuego de los escupidores, cuando observé unas llamas que no debían de estar ahí. ¡Ardían encima del techo de la Clínica de Salud!





–¡Fuego!–
que grito– ¡y que salgo como
bólide a avisarles a mis papás!
–¡Miauuu!– el pobre del Marrús
nada más pegó el maullido y salió corriendo.
–¡Papá! ¡Mamá! ¡Un incendio!– grité.
–¿¡Qué!? ¿¡Dónde!?
–En la Clínica.
–¡Vamos, córranle! Hay que ayudar– dijo
mi papá, y mi mamá se agarró una cola de caballo.
–¡Sí! Yo voy a avisar a la Casa de la Cultura,
están todos en la posada.
–¡Frisco, vete a la frutería por los extinguidores!
¡Carola, te vas con tu mamá!
–Hay que ir tocando las puertas y avisando por la
calle. ¡Órale, antes de que se haga más grande el incendio!
–¡Allá nos vemos!

Todo Kipatla

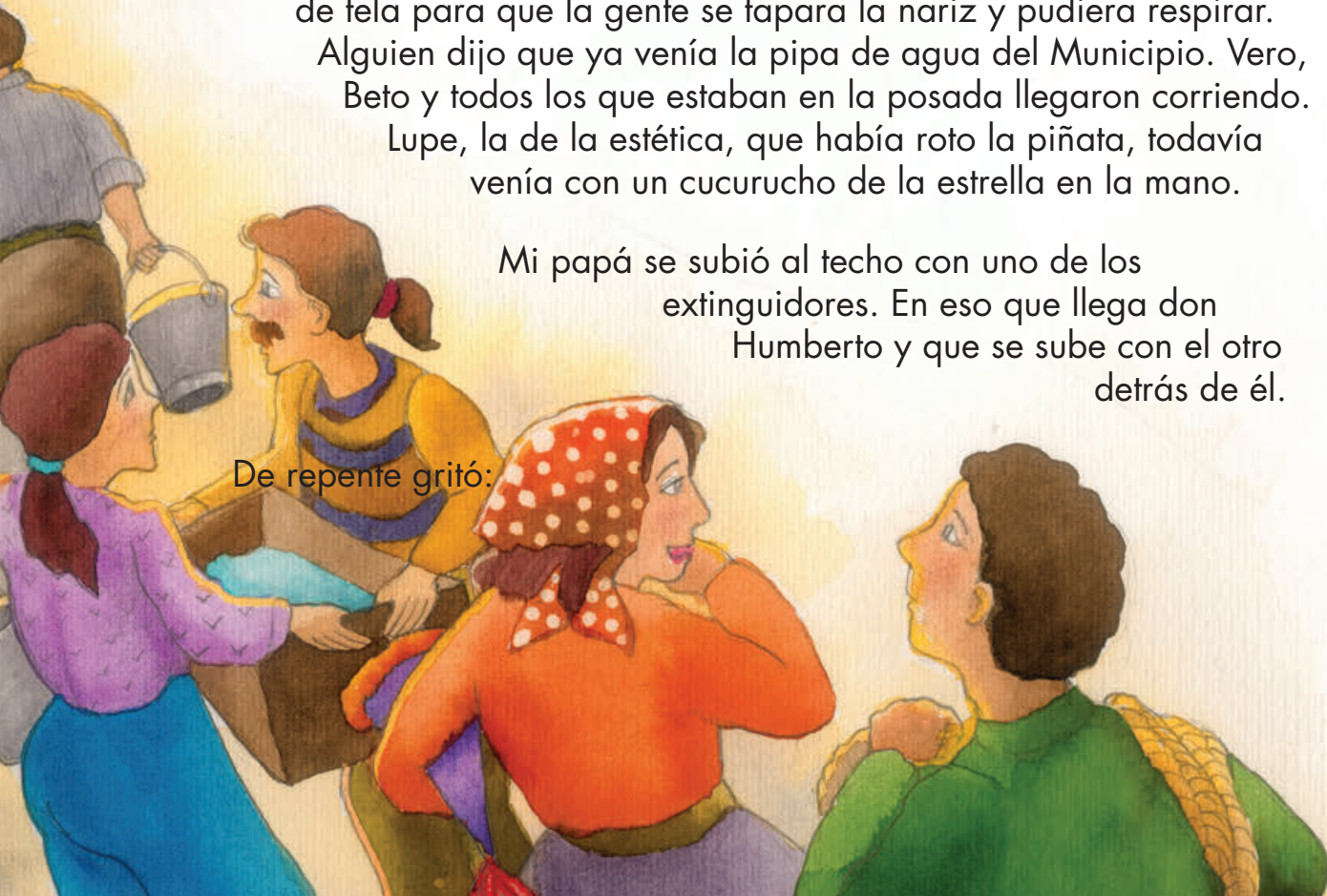
¡N'hombre, para cuando llegamos a la Clínica ya traíamos detrás a medio Kipatla! La otra mitad ya estaba ahí ayudando a apagar la lumbre.

Don Esteban y Pedro, su hijo, ya habían traído la escalerota de la tienda y estaban trepados en el techo dándole de sarapazos a las llamas. Entre cuatro policías ya iban a tirar la puerta, cuando llegó la doctora Ibáñez corriendo con las llaves. Nadia y sus papás mojaban cachos de tela para que la gente se tapara la nariz y pudiera respirar.

Alguien dijo que ya venía la pipa de agua del Municipio. Vero, Beto y todos los que estaban en la posada llegaron corriendo. Lupe, la de la estética, que había roto la piñata, todavía venía con un cucurucho de la estrella en la mano.

Mi papá se subió al techo con uno de los extinguidores. En eso que llega don Humberto y que se sube con el otro detrás de él.

De repente gritó:





–¡liiih! ¡El tanque de gas!
–¿Qué? ¿Cuál?– le preguntó mi papá.
–Junto al baño de la Clínica, en el patio, hay un tanque de gas.
¡Hay que sacarlo a como dé lugar antes de que nos explote!
–¡Vamos!

Vero que oye y que se apunta para ir con ellos. Ella sabe de plomería y podría rápido desconectar el gas.

Llegó la pipa de agua justo cuando se metieron los tres entre el humo. Todos quedamos callados. Sólo se oían las llamas que hacían crujir la madera del techo.

Vero la hace de tos

Ya estaban regando con el chorrizo de la pipa el techo de la Clínica, pero adentro todavía había llamas. Pasaron unos minutos y mi mamá no podía disimular que estaba nerviosa por mi papá. Se quedó mirando la entrada, tronándose los dedos y esperando ver salir a alguien.

De repente vimos la figura de Vero, que venía tose y tose, con su pañuelo mojado en la cara.

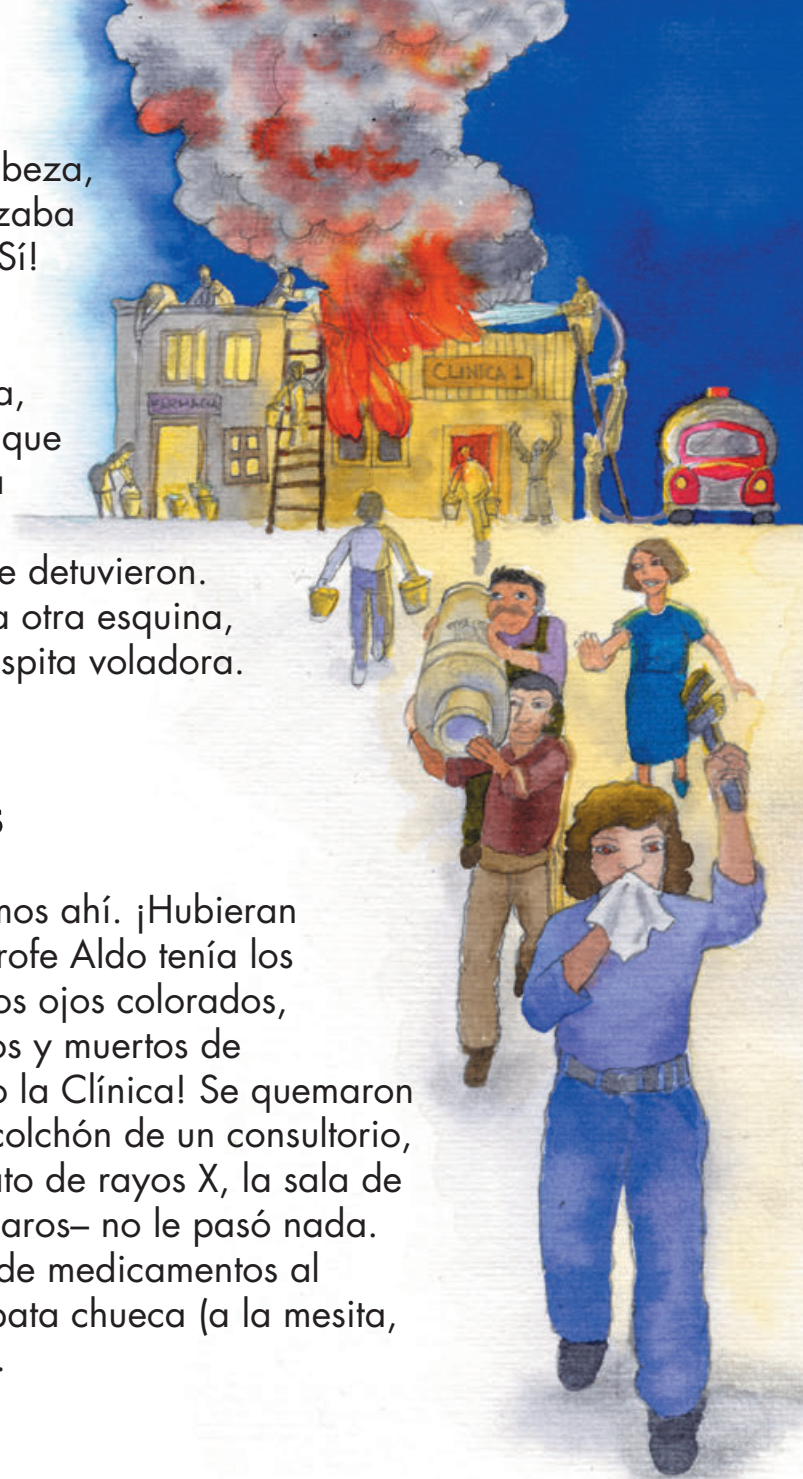
–¿Qué pasó?– le preguntó mi mamá, con esa cara que pone cuando no quiere parecer asustada.

Vero decía que “sí” con la cabeza, pero la tos no la dejaba hablar. Alzaba la llave de perico como diciendo: ¡Sí! ¡Lo desconectamos!

En eso vimos salir a la carrera, uno detrás del otro, con el gran tanque sobre sus hombros, a Humberto y a mi papá. Mi mamá que corre a abrazar a mi papá, pero ellos no se detuvieron. Se fueron a dejar el tanque hasta la otra esquina, donde no pudiera caerle ni una chispita voladora.

Tiznados pero tranquilos

Hasta las dos de la mañana estuvimos ahí. ¡Hubieran visto lo que parecíamos todos! El profe Aldo tenía los pelos parados, don Esteban tenía los ojos colorados, colorados. Todos estábamos tiznados y muertos de cansancio, ¡pero habíamos salvado la Clínica! Se quemaron el techo, tres o cuatro puertas y el colchón de un consultorio, pero a lo más importante –el aparato de rayos X, la sala de curaciones y los instrumentos más caros– no le pasó nada. Bueno, mi papá tumbó una mesita de medicamentos al pasar con el tanque y le quedó la pata chueca (a la mesita, no a mi papá). Pero eso se arregla.





Yo desde antes de irme a dormir supe que lo que también se iba a arreglar, aunque quedara un poco chuequito, era el problema con don Humberto. Antes de que nos fuéramos, oí decirle a un señor:

–Sí, compadre, lo tengo que reconocer, los “libertarios” López le entraron parejo, como todos. Se ve que algunas de sus ideas sí son como las nuestras, parece.

A los pocos días Beto nos vino a decir, a Carola y a mí, que podíamos volver al taller. Don Humberto nos saludó como si nada, y a la salida, cuando ya nos íbamos a la casa, con nuestra charola de totopos con dip de chamoy R-19, me dijo:

–Así que ya mero es tu ceremonia, Frisco– y ni se burló, ni nada.
–Gracias por la invitación. Te deseo felicidades, pero yo no voy a poder asistir. Me disculpas con tus papás.

Con el tiempo hasta fuimos a comer unos tacos al pastor a “La Vitamina T” y nadie nos hizo mala cara ni cosas por el estilo.

Dos regalos... que diga, tres

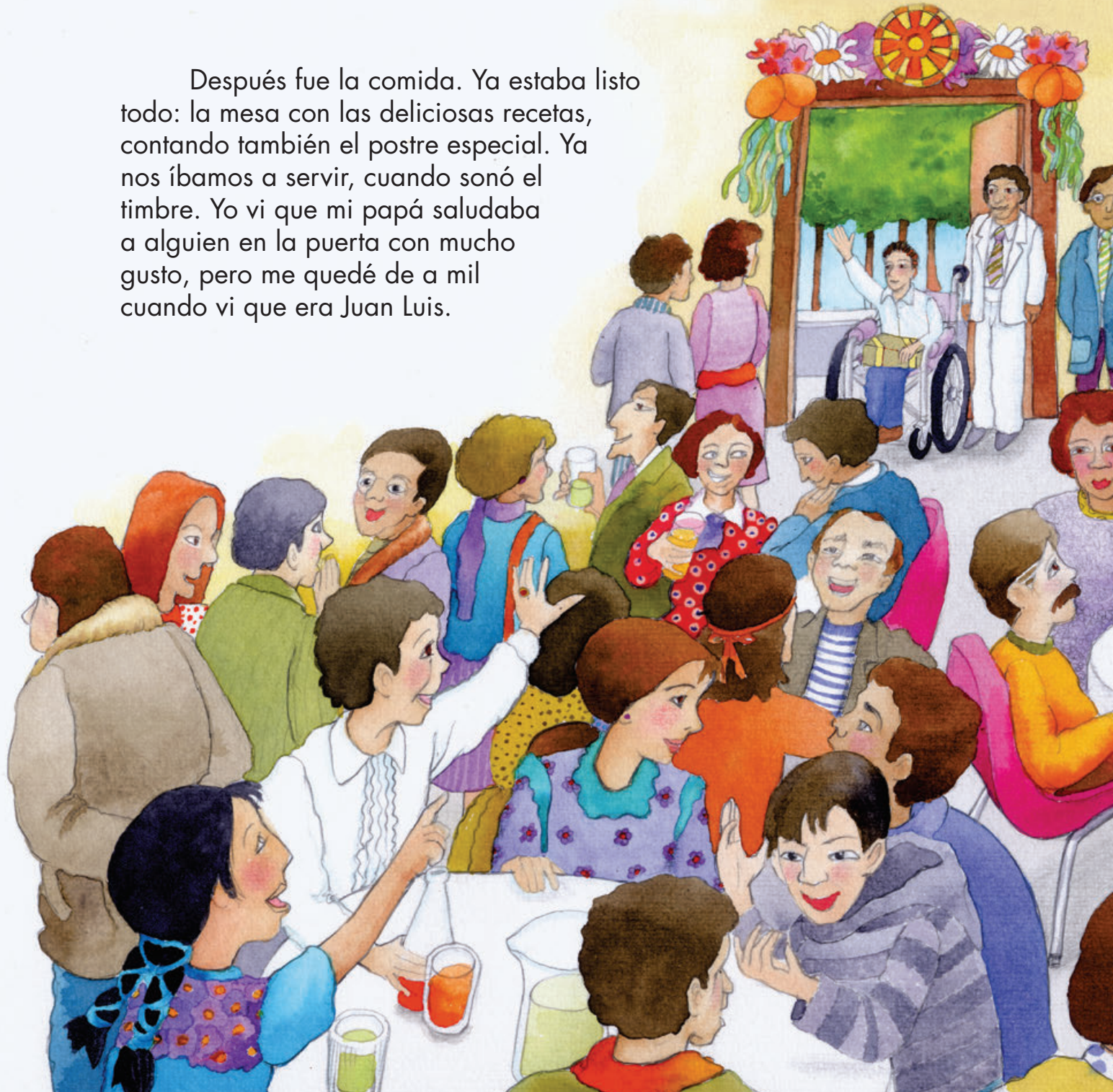
¡Por fin llegó el día de mi ingreso! Y estuvieron algunos de mis amigos. Vino Cristina con el profe Aldo –otra vez ya muy bien peinado–, vino Nadia y hasta Tere, que decidió no hacerles caso a los malos consejos de sus amigas.



A Juan Luis, por más que insistió, sus papás no lo dejaron ir a la ceremonia, pero quedamos en que luego iba a venir a ver el video, para que supiera cómo era la cosa. A mí se me hizo que se trataba de una buena idea.

La ceremonia estuvo padrísima. Me cantaron la canción con mi nombre, que les salió bien bonita. Mi mamá, con una sonrisota y muy emocionada, me dio mi abrazo de bienvenida a la comunidad y todos me dijeron cosas rebonitas. ¡Claro! Me dieron el anillo que tantas ganas tenía de ponerme y que ya traigo siempre en el dedo.

Después fue la comida. Ya estaba listo todo: la mesa con las deliciosas recetas, contando también el postre especial. Ya nos íbamos a servir, cuando sonó el timbre. Yo vi que mi papá saludaba a alguien en la puerta con mucho gusto, pero me quedé de a mil cuando vi que era Juan Luis.





¡Que meto el acelerador a fondo y que corro a saludarlo a toda velocidad! Me contó que a última hora convenció a sus papás de que lo dejaran llegar a la comida por lo menos. Les dijo:

–Comer con los amigos es de todas las religiones. Ahí lo único extraño que puede haber es el helado de mango con chile de árbol de Frisco, ¡pero peores inventos he probado en casa de mi tía Juliana!– los papás ya no tuvieron pretexto y lo dejaron alcanzarnos.

Además de esa sorpresa, que para mí fue un regalazo, Juan Luis me trajo otros dos: el primero era un gorro de chef con mi nombre, que me quedó perfecto; el segundo... ¡Ni saben! ¡No se midió! Cuando abrí la caja ya merito me desmayo. Adentro

estaba, entre tiras de papel de china, el McLaren de José Pedro Santoyo que siempre me ha fascinado.

Al otro día vino de nuevo Juan Luis y le gustó mucho el video de la ceremonia. Luego nos echamos unas carreritas con nuestros carros de F-1, mientras comíamos un poco de R-3 que había sobrado.



Para que **CONOZCAS** más...

¿Sabes qué es la religión?

A lo largo de la historia, la humanidad ha tratado de darle explicación a su existencia o a los sucesos que pasan en este mundo y en su entorno. Algunas religiones tradicionales están basadas en intensas ceremonias en las que las personas intercambian ofrendas o algunos objetos con sus seres ancestrales y a la vez con el mundo espiritual que les rodea. También existen religiones monoteístas en las que sólo existe un sujeto creador de la humanidad, y se cree en un dios, padre, consejero y protector del mundo. Las ideologías que se construyen en las distintas religiones pueden variar en torno a la divinidad, sin embargo, tienen algo en común, la fe y la práctica espiritual (National Geographic, 2016).

Un aspecto muy importante de todas las religiones es que practican en comunidad la devoción, llevan a cabo ceremonias en las que cantan, profieren oraciones, danzan o llevan a cabo rituales, así como Frisco, que todos los domingos se viste de blanco y se queda en su casa a meditar, hacer cantos con otras personas que comparten su religión y se alumbran con velas al anochecer. Todas estas ceremonias dan sentido de pertenencia a un grupo, y esto se convierte en parte intrínseca de la conformación de la identidad de una persona.

¿Sabías que en México se practican diversas religiones?

En 2010, según lo registrado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la población católica de nuestro país era de casi 93 millones de personas, mientras que quienes profesan otra religión ascienden a 11 millones y quienes no tienen religión suman 5.3 millones de personas. ¿Tú tienes alguna religión?

¿Qué problemas enfrentan las personas que practican una religión distinta a la predominante en México?

- Sienten que existe una falta de respeto a sus costumbres y tradiciones, además mencionan que el gobierno apoya más a la comunidad católica.
- 23.3% de la población mexicana mayor de 18 años y más, no rentaría un cuarto de su casa a una persona con religión distinta a la suya.
- 26.9% de la población que profesa una religión distinta a la mayoritaria (católica) dice que sus derechos se respetan poco o nada (Conapred, 2017).

Reflexiona y actúa

Pregúntale a tus compañeras y compañeros de clase qué religión tienen. Platiquen sobre sus fiestas y tradiciones religiosas favoritas, para que conozcan mejor otras creencias y formas de vivir.

Para obtener la información que acabas de leer, consultamos las siguientes fuentes:

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)/Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Principales resultados de la Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017. Consultado en: <http://www.conapred.org.mx/userfiles/files/PtcionENADIS2017_08.pdf>

National Geographic (NAT GEO). ¿Qué es la religión? En revista National Geographic España, 9 de marzo de 2016. Consultado en: <<https://www.nationalgeographic.es/historia/que-es-la-religion>>

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para tratarnos igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Frisco, con F de Fuego, número 3 de la colección "Kipatla, para tratarnos igual", se terminó de imprimir en noviembre de 2018 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso (IEPSA), S.A. de C.V., San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, Alcaldía Iztapalapa, 09830, Ciudad de México.

Se tiraron 3 000 ejemplares

Frisco está por cumplir 12 años. Eso significa que tiene la edad para celebrar la ceremonia de ingreso en su religión; ha llevado invitaciones a cada uno de sus amigos y amigas para compartir ese día tan especial.

Todo parece ir bien hasta que es cuestionado por no asistir a la posada de la Casa de la Cultura porque en su casa no celebran la Navidad. Frisco y su familia romperán con todas esas ideas equivocadas que tiene la gente respecto a las personas de otras religiones al ayudar a apagar un incendio en la clínica de salud, sin importarles que algunos habitantes de Kipatla les hayan hecho malas caras.

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Distribución gratuita
Prohibida su venta